

# PALABRAS DEL CAUDILLO

## EN LA PASCUA MILITAR DE 1954



OMPAÑEROS:

Sólo unas palabras para saludaros y agradeceros la felicitación y adhesión que, en nombre y representación de los Ejércitos, el General Muñoz Grandes me acaba de expresar en este día de la Pascua Militar, que este año se inicia con tan buenos auspicios.

La lealtad, la austeridad y el espíritu de sacrificio de que habéis dado muestra en todo momento; esa firme unidad que reina entre nuestros Ejércitos y que fortalece el brazo armado de la Nación, constituyen la más firme garantía de que, por muchas que sean las crisis y vicisitudes por las que el mundo pueda pasar, España las superará, como ha superado tantas otras a través de la Historia. Un ejemplo lo tenemos en la forma en la que en estos últimos años, con nuestro propio esfuerzo y por nuestras virtudes, pudimos vencer los peligros de nuestra guerra, los azares de la paz, las dificultades y amenazas de una guerra universal y esa otra etapa insidiosa, dura e injusta de la postguerra universal, en que la malicia ajena pretendía cercarnos y expulsarnos de la comunidad internacional, pero que, al fin y a la postre, acabó rindiéndose ante nuestro derecho, nuestra soberanía y nuestra hombría de bien.

De poco hubiera servido nuestra voluntad de ser si hubiese flaqueado la unidad de los hombres de España o si los Ejércitos no se hubieran mantenido dentro de esa lealtad, unión y disciplina a las que me vengo refiriendo. Pero el triunfo de nuestra razón no alcanza sólo a nuestra clara visión de los problemas y peligros internacionales que han

venido a justificar plenamente los motivos de nuestra Cruzada. La guerra universal que siguió a nuestra guerra de Liberación, en la que tan alto habían brillado las virtudes y temple de nuestro pueblo, con las acumulaciones de material y perfeccionamiento de las máquinas bélicas, pretendió desvalorar la trascendencia de las virtudes humanas y la importancia de los sistemas tácticos. Tuvo que encenderse la guerra de Corea, en el Pacífico, para que la realidad se impusiese sobre las engañosas ilusiones y que la trascendencia del material descendiese a su justo valor y, creados los medios y artificios con que anular la potencia y superioridad de los materiales, la táctica se abriese de nuevo su lugar y el hombre y el guerrero acabaran diciendo la última palabra. Si en la guerra moderna el primer acto le corresponde a la Aviación, el último siempre lo desempeñará el infante.

Si el hombre puede poco sin el material, el material no es nada si el hombre falta. Armas, hombres y táctica habrá siempre que conjugar para alcanzar el triunfo. Los principios de la batalla son fijos e inmutables.

La conquista de la tercera dimensión ha revolucionado el arte de la guerra. Por ello no podemos vivir con las ideas viejas ni con las doctrinas que estudiamos en los años de Academia, que no podían tener en cuenta estas otras dimensiones, velocidades y medios de destrucción. Si el hombre, sujeto activo y pasivo de la guerra, permanece igual, los medios se transforman y se multiplican. Por ello, dentro de los principios del arte militar, hemos de jugar y esgrimir los nuevos valores y sacar el máximo partido de nuestras virtudes, ya que siempre al final un soldado con una bayoneta o una bomba de mano, un guerrero con una bandera, expresará la última voluntad sobre el campo de batalla. Esta revaloración de la táctica y del hombre ha venido a reafirmar la posición de España, y es la base del respeto que en el mundo ha alcanzado el prestigio de nuestra Nación, que hoy son muchos los pueblos que admiran y contemplan.

Esta vuelta de España al concierto internacional con el reconocimiento general de los peligros que España desde hace ocho años venía proclamando, es el que ha conducido a nuestra Nación a establecer los acuerdos últimamente concertados con los Estados Unidos de Norteamérica, tan importantes y decisivos para la suerte del Occidente frente a las amenazas de agresión. Dicho Acuerdo no viene a salvar ninguna situación que necesitase ser salvada, sino a servir a una necesidad histórica del Occidente al tiempo que sirve al interés y preparación de nuestra Nación ubicada en esta área amenazada.

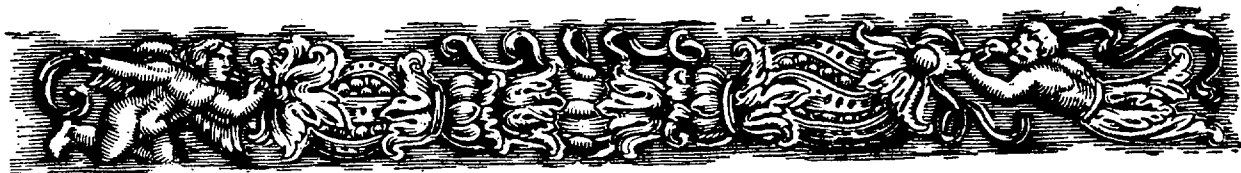


Vosotros sabéis muy bien que en las modernas contiendas las naciones aisladas no son por sí mismas nada si no cuentan con la coordinación y cooperación de las otras. Son necesarios los conciertos y las asociaciones superiores para resolverlas. Por ello, si para servir los intereses generales y los propios necesitábamos sostener una más íntima relación y cooperación con otras naciones, esto es, que se requería un "matrimonio de conveniencia", justo es que eligiéramos entre ellas a las más noble y a la más poderosa, con la que no tenemos, por otra parte, ninguna clase de intereses contrapuestos.

No pretendemos con estos acuerdos que nadie nos defienda, ni nos facilite aquello que nosotros por nosotros mismos podamos realizar, sino aumentar el ritmo de nuestra preparación, llenar las lagunas que existen en determinados materiales y cubrir los fallos de nuestro complejo industrial. Las armas ligeras que tenemos en ensayo, ya conseguidas, pueden competir con ventaja con las que el Extranjero nos pudiera ofrecer. En lo que sí existe diferencia es en aquellos otros materiales que, por el avance de las ciencias, han sufrido una honda y rápida transformación, como ocurre con la Aviación y la electrónica, que en estos Acuerdos adquieren prioridad, sacrificándoles otros objetivos que con nuestro propio esfuerzo podemos conquistar.

La situación real de nuestra industria, no obstante el progreso que en estos años viene alcanzando, nos exige tiempo y espacio para poder alcanzar las metas que le señalamos. Por eso necesitamos de un plazo como el que establecen estos Acuerdos, para que si en este tiempo la Patria peligrase, no nos faltasen los medios ni la colaboración de quienes nos pueden facilitar el complemento de las armas necesarias; sin que por ello desmayemos en nuestro propósito de que, por el avance de nuestra ciencia y el progreso de nuestra industria, podamos en el más corto plazo ponernos a la altura de las naciones más adelantadas.

Esto es lo que podemos esperar de los Acuerdos que, de todas formas, resultarían poco eficaces si nosotros no nos transformásemos a nosotros mismos, si no diéramos un cambio radical a nuestros Ejércitos con la nueva visión y concepción de las guerras futuras. Hemos de adaptar nuestra mentalidad a los principios de la tercera dimensión, al concepto ultramoderno de las velocidades supersónicas, poniendo en trance de revisión mucho de lo que hasta ayer consideramos como útil, pero que hoy va careciendo de valor. Y hemos de hacer todo esto dentro de las posibilidades económicas de la Nación, de unos



presupuestos que no pueden arrastrar ni desequilibrar la vida entera de la Nación, pero dentro de los cuales nuestra conciencia nos acusa existe todavía bastante de superfluo. Si hemos de satisfacer las necesidades que en orden al material, a la instrucción y entrenamiento de los contingentes y los cuadros se nos presenten y a la dotación del personal, en tantos aspectos insostenible por el sacrificio, que conozco, de vuestros hogares, a todo ello hemos de sacrificar lo inútil buscando en la intensificación y el rendimiento la debida compensación.

Gracias a Dios, la situación de nuestra Hacienda va siendo próspera, el progreso de nuestra industria y de nuestra producción grande, para que podamos enfrentarnos con la conciencia tranquila con estos problemas, para cuya resolución cuento con vuestro espíritu y con vuestra leal colaboración.

Muchas gracias por vuestra confianza y vuestro afecto, a los que correspondo con todo mi corazón, deseándoos, con vuestra familias y con cuantos componen esta otra gran familia militar, la felicidad más grande en el año que empieza.

¡Arriba España!

